

Cincuenta años después

Mis recuerdos de los días 18, 19 y 20 octubre de 1973

Por **Irene Sabio Guillén**

Octubre de 2023

Mi amiga Irene Sabio Guillén era una niña de poco más de doce años cuando aquella nube terrible castigó sin piedad a la población granadina de La Rábita. Unas gentes muy próximas. Alpujarreños como nosotros, emparentadas en muchos casos. Irene y yo nos conocemos desde 1975, año en que empezamos el bachiller. Estudiante brillante, dotada de gran facilidad para la literatura ha dedicado su vida profesional a la docencia. Curiosamente nunca habíamos hablado de este tema en profundidad. Le pedí unos datos para un trabajo y me envió este magnífico texto de lo que vivió hace 50 años. Cuando lo leí imaginé escenas dantescas que ni el mejor reportero hubiese narrado. Y aquí comienza este formidable relato:

Tal vez tenga razón Michel de Montaigne cuando afirma que “Nada fija tan intensamente un recuerdo como el deseo de olvidarlo”. Lo creo así, porque yo nunca he podido ni podré presumir de tener buena memoria. De hecho, la mayor parte de mi infancia (y hasta diría que de mi vida) se resume en unos pocos flashes, ecos del pasado imperturbables a lo largo de los años, muchas veces a mi pesar.

Aun así, soy consciente de que la memoria puede ser engañosa o, al menos, malinterpretada por la lógica del presente. Pido disculpas, por tanto, por las posibles trasgresiones al contar mis vivencias de aquellos días, sabedora de que, al tratar de ponerlas en orden, cometeré muchos lapsos y errores temporales. La efeméride merece al menos intentarlo.

Llevábamos bastante tiempo de sequía, así que, cuando empezó a llover el día 18 de octubre de 1973, la gente estaba bastante contenta; especialmente los agricultores, que festejaban en los bares una mañana de ocio y migas (comida típica en los días de lluvia). En general habían terminado ya las labores de preparación de la tierra para la nueva cosecha: el retranqueo de la capa superior de arena para laborear y aportar estiércol antes de volver a cubrir la tierra con la capa de arena que definía la singular agricultura de nuestra zona: los enarenados, donde se cultivaban hortalizas tempranas antes de que llegaran y se impusieran los invernaderos actuales.



La rambla de Albuñol con el puente de la carretera de acceso a La Rábita destruido. Foto Evaristo Martínez. Archivo Ángel García Peramos.

Los escolares (al menos los de mi edad: doce años y apenas un mes) continuábamos un veraneo prolongado con el beneplácito de nuestras familias, que se negaban a enviarnos a unas aulas poco seguras, y, mucho más, a enviarnos al colegio de Albuñol, que nos hubiera exigido un desplazamiento de siete kilómetros por una carretera situada junto al lecho de la rambla. En aquella época, no había colegio como tal en la Rábita, sino un conjunto de aulas dispersas en la localidad. Algunas de ellas, en un estado tan lamentable, que unos meses antes había caído un trozo de techumbre sobre alguno de los pupitres. Dos de esas aulas estaban en la calle de la Fuente, junto al único muro de canalización de la rambla, que arrancaba junto al castillo y acababa en la fuente.



El lodo y los escombros cubrieron las calles dejando cegadas las primeras plantas de las viviendas. Foto Evaristo Martínez. Archivo Ángel García Peramos.

La mañana de lluvia continua, pero suave, dio paso a un atardecer de lluvia más intensa, preludio de una interminable madrugada donde al chasquido de los rayos seguía el retumbar de los truenos y el agua golpeando con furia contra el suelo. En algún momento me asomé a la ventana de mi habitación, que daba a un callejón estrecho. Como siempre que llueve, se había ido la luz y había una absoluta oscuridad. El intenso resplandor de un relámpago me devolvió rápidamente a la cama, pero ya no pude dormir. Por momentos oía el chasquido de lo que suponía bolas de granizo chocando entre sí.

Hubo un momento en el que debieron de ser tan grandes que sonaban como pedradas contra el techo. Quizá fue poco después cuando oí hablar a mis padres y a mi hermano intentando empujar con cepillos y palos el agua que se acumulaba en la terraza hacia las incapaces tuberías de desagüe. Mientras, mi abuela paterna rezaba sin descanso a Santa Bárbara. Había un ruido bronco, que entonces no supe interpretar, pero desde aquel día identifiqué, junto a un olor característico, con el sonido de las aguas fangosas bajando por el cauce de la rambla.

Creo que fue sobre las cuatro o cinco de la mañana cuando el ruido aumentó, aunque sobre él se impusieron gritos y chillidos de animales que en esa época teníamos en cuadras adosadas a la vivienda. Mi padre decidió bajar a ver qué pasaba. Al abrir la puerta que daba al callejón trasero vio a una persona irreconocible por estar cubierta de barro. De pronto una oleada de agua la empujó contra la pared. Mi padre la agarró como pudo y tiró de ella hacia dentro, pero el agua había arrastrado a su hijo.



Los niños vivieron como adultos aquellos trágicos acontecimientos. Foto Evaristo Martínez. Archivo Ángel García Peramos.

Entre gritos y lamentos desesperados, Encarna nos contó que habían salido de su casa y que los había sorprendido una avalancha de agua y barro que salía de las casas de sus vecinas. Se trataba de casas de dos pisos construidas sobre dos niveles: la planta alta, con salida a la calle de la Fuente, y la planta baja, que daba al Callejón del Castillo, donde estaba la parte trasera de mi casa. Ella quería ir a buscar a su marido, que había salido acompañado de su hijo mayor, y al menor que le fue arrebatado por el agua. Después supimos que, lamentablemente, Pedro y su hijo habían muerto a escasos metros de su casa, aunque el más pequeño había sido rescatado cerca de la iglesia, más de cien metros más abajo.

Mientras la familia atendía como podía a la desconsolada mujer, mi hermano, que apenas tenía dieciséis años, seguía saliendo periódicamente a la terraza para facilitar la evacuación de agua. A la luz de un largo relámpago observó que había desaparecido la vivienda de La Huerta, donde vivían mi tía Teresa y su marido. No fue capaz de decir nada. ¡Cómo le iba a decir a mi padre que había desaparecido la casa de su hermana!

Lo contó aliviado al día siguiente, cuando supo que, pese a que solo había quedado una pequeña esquina de la vivienda, los dos ancianos habían resultado ilesos sobre una silla colocada en ella.



Un edificio arrasado por un caudal de agua, barro y piedras que alcanzó registros excepcionales. Foto Evaristo Martínez. Archivo Ángel García Peramos.

A las ocho de la mañana, cuando dejó de llover con intensidad y empezó a clarear el día, salimos de nuestra casa por la puerta delantera que daba a la carretera, la nacional 340, que entonces atravesaba el pueblo. Pudimos ver que, unos metros más arriba, se había formado una especie de dique formado por tierra, piedras, troncos y coches arrastrados que habían reducido el paso de las aguas de la rambla por esta calle. El suelo estaba resbaladizo por el limo, pero no había piedras ni grandes acumulaciones de tierra como vimos después en la calle de los Carros, donde alcanzaron casi dos metros de altura.

Bastante gente había salido de sus casas para buscar lugares más seguros, unos en dirección al castillo, como era nuestro caso, y otros en dirección a la torre, un enclave de más altura, pero a la intemperie. Cuando íbamos a subir la Cuesta del Castillo vimos con desesperación que bajaba agua turbia, así que entramos en la casa de una vecina (Carmencica), y desde su tejado llegamos junto a la torre del castillo trepando por un cerro de pizarras esquistosas.



En la silla de la imagen salvaron la vida milagrosamente los tíos de Irene aquella madrugada eterna. Foto Evaristo Martínez. Archivo Ángel García Peramos.

Desde allí conseguimos hacernos una idea de los efectos devastadores de la inundación: las aguas, que no fluían parejas como en un río, sino avanzando en oleadas, habían ocupado todo el valle, de cerro a cerro, arrastrando consigo cualquier vestigio de los cañaverales que servían de defensas naturales y de todas las tierras de cultivo que, como las nuestras, estaban en los márgenes. También faltaba uno de los dos bloques de pisos que se habían construido al otro lado del puente, a mitad de camino entre La Rábita y el Pozuelo, junto a varios almacenes de comercialización agrícola.

Pudimos ver con impotencia y espanto a los vecinos del único bloque que aún permanecía, medio inclinado sobre pilares quebrados, que habían subido a la terraza para pedir auxilio. Tras cada oleada de barro, el cauce quedaba casi seco y se distinguía un camión atascado entre los pilares. No podíamos hacer nada: la única solución sería un helicóptero y rezar o confiar en que el edificio aguantara cada nueva investida. Afortunadamente había parado de llover y eso nos llenaba de esperanzas.

Una vez pasado el peligro, la familia pensó en buscar un lugar seguro, fuera del pueblo, donde pudiéramos estar los más jóvenes y ancianos de la familia alejados de los grandes esfuerzos, emociones y posibles enfermedades que se esperaban. Nos fuimos al chalé que unos primos se estaban construyendo, para pasar los veranos, a la salida del pueblo hacia el oeste. Allí dormimos todos juntos sobre unas mangueras o cables enrollados porque no había muebles. Apenas tengo recuerdos de aquellos días, que debieron de ser muy incómodos. Pero sin duda infinitamente mejores que los que debieron vivir mis padres y mi hermano, que, como otros muchos adolescentes, se vio involucrado en tareas de búsqueda de cadáveres.

Lo que recuerdo con vívida nitidez es la imagen del perfil de la Rábita sobre la costa en la plácida mañana soleada del día siguiente, 20 de octubre, día de Santa Irene. Después de la tempestad por fin había llegado la calma, y yo la veía reflejada en la mar, más bella que nunca. En realidad, era una falsa percepción infantil. Habíamos sobrevivido; pero otra larga tormenta de penalidades y esfuerzo acababa de empezar.